

Ballestrinque

Aníbal del Rosario

Dos mochilas, dos cantimploras, dos arneses, dos pares de pies de gato, dos cascos, dos bolsas de magnesio, dos sacos de dormir, dos colchonetas, una bobina de cuerda de escalada, una tienda de campaña doble, un montón de comida. Ene terminó de apilarlo todo en la parte trasera de la furgoneta y miró el reloj. Muy tarde. Preparar todo aquello le había dado más trabajo del que pensaba y se preguntó si a Evan, cada vez que se encargaba de los preparativos, le habrían llevado tanto tiempo. Probablemente no. Lo peor, sin duda, había sido no prever lo de la cuerda: la tienda de deporte tardaría aún un par de horas en abrir y no podía permitirse esperar si quería llegar a la montaña a tiempo. Subió a la furgoneta y arrancó, y se sintió extraño al volante, cuando siempre había ocupado el asiento del copiloto. A la salida del pueblo pasó por la ferretería, compró la cuerda más digna que pudo encontrar y la lanzó detrás. Luego continuó la marcha rezando para que aquel trasto, un cacharro humeante, ruidoso y oxidado, que había sido el orgullo de Evan tras pasarse años ahorrando hasta poder comprarlo de segunda mano, no lo dejase tirado en medio de la nada. Tampoco le habría sorprendido. Pero la furgoneta lo acabó llevando hasta la zona de camping donde al fin la dejó descansar y tuvo que reconocer que al menos hasta allí cumplió. No había contado con la dificultad, física y logística, que suponía llevar todas aquellas cosas él solo a través de los kilómetros de sendero que ascendía retorcido entre peñascos cubiertos de pinos y que tendría que atravesar para poder llegar a su destino, ni tampoco con que su cuerpo, después de meses de no hacer nada de ejercicio, estuviera en tan baja forma. Más de una vez estuvo a punto de rendirse, de claudicar y dar media vuelta. Era absurdo. Era absurdo acarrear todo aquel peso inútil, duplicado, para nada. Pero, a pesar de todo, acabó llegando al claro cuando el día estaba ya bastante avanzado y arrojó toda la impedimenta sobre la tierra rojiza, cayendo él detrás, jadeante y sudoroso. Se quedó allí tendido un buen rato, boca arriba, con los ojos clavados en el ultramar recortado entre los fillos de los pinos, acompañado únicamente del bosque, del cielo, y del viento ululante entre las ramas. Cuando se puso de nuevo en pie le dolía el cuerpo entero. Mientras se dedicaba a montar, torpe y lentamente, el campamento, dio en todo momento la espalda al árbol, al roble, como si no existiera, como si sus hojas y ramas no lo observaran en silencio. Al fin, tras tardar una eternidad en encender la hoguera, se sentó junto al fuego a contemplar cómo el sol se hundía tras las lejanas estribaciones.

—Esto sí que es vida, ¿verdad, enano? —preguntó Evan, dándole un golpecito con el puño en el hombro.

—No. Vida es tener una cama, un baño y una ducha. Y acceso a internet.

—Venga, no seas así. La única manera de sacarte de ese cuchitril de habitación es arrastrándote hasta aquí arriba. Y lo haría más a menudo si no estuviese tan liado. Deberías estarme agradecido. Está bien que te dé el aire de vez en cuando y que saques los ojos de esos malditos libros. Pasar así todo el día no puede hacerte bien, enano. Pero mira esto; todo esto para nosotros solos. Eso no lo tienes en tus libritos.

—Claro que sí, solo tienes que leerte Walden, de Thoreau. Se fue a vivir a una cabaña que levantó con sus propias manos, aislada en medio del bosque, y allí escribió sobre todo el proceso.

—Así que él lo vivió y luego lo publicó para que lectores como tú no tuvieran que mover el culo. Pues menuda mierda de libro.

—Déjalo ya, ¿quieres?

—Vamos, no te enfurruñes, enano.

—¿Cuándo vas a dejar de llamarme así? Tenemos exactamente la misma edad.

—Yo nací el primero; tengo unos minutos más que tú.

—Lo que tú digas.

—De verdad, mira este cielo, estas nubes, cómo las tiñe de naranja, de morado, de rojo el sol. ¿No te parece increíble? Y es gratis; podemos disfrutar de ello cada día, cada atardecer y cada amanecer.

—Es solo La Tierra girando alrededor del sol, Evan, nada más.

—Y luego dicen que el poeta eres tú.

—Yo no soy poeta.

—Pero escribes, ¿no? O al menos eso es lo que le dices a mamá que haces, todo el día metido en esa habitación. Aunque yo tengo mis sospechas de lo que haces en realidad...

—Escribo en prosa, no en verso.

—¿Qué más da eso si no eres capaz de apreciar la belleza de la naturaleza? Por ejemplo, ese árbol que hay ahí. ¿Qué demonios pinta aquí un roble, entre todos estos pinos? No podría desentonar más, pero ¿tú crees que a él le importa? Claro que no. Vete tú a saber los años que ha pasado ahí, creciendo a su rollo entre especies tan distintas a él, dándole exactamente igual lo que opinen, lo que hablen a sus espaldas. Ha logrado hacerse un hueco, mantenerse en pie y que lo acaben respetando por lo que es.

—Es solo un árbol, Evan.

—Es un símbolo.

—¿De qué?

—Pues... ¿no me has estado escuchando? De libertad, de determinación, del destino, de todas esas cosas.

—Lo que tú digas. ¿Puedo ir a dormir ya?

—Pero si todavía es temprano. Además, aún no hemos cenado.

—Evan, me has obligado a levantarme de madrugada un sábado; estoy

muerto. Y no tengo nada de hambre.

—Está bien, haz lo que quieras.

Ene se metió en la tienda y, antes de cerrar la cremallera, observó un momento a Evan que seguía contemplando, absorto, los últimos brillos del atardecer. Creyó ver brillar una lágrima en su mejilla. Aquel detalle llegó a olvidarlo y solo meses después, sentado en el mismo sitio, ante un cielo distinto pero parecido, lo recordó. Se frotó los brazos, achacando el repentino estremecimiento a la abrupta bajada de temperatura, y se acercó más al fuego para calentarse. Como si las llamas le hubiesen infundido cierto valor, se atrevió por fin a alzar los ojos hacia el árbol. Allí estaba aquel roble de ramas retorcidas contrastando con la verticalidad homogénea de los pinos. Trató de desviar de nuevo la mirada, pero sus pupilas buscaban frenéticas cualquier indicio, cualquier mínimo rastro y lo encontraron en una rama baja, en cuyo tramo horizontal faltaba un buen trozo de corteza. Pensó en los excursionista, en lo que debieron ver, en lo que debieron sentir, en lo que debieron hablar, entre ellos y con otros, después de lo sucedido. Temió que no fueran capaces de olvidarlo, pero ¿cómo se podía olvidar una cosa así? Las estrellas comenzaban a brillar, reclamando su espacio en la oscuridad casi absoluta que se alzaba sobre su cabeza, y recordó aquella otra noche, el sonido insistente del teléfono.

—¿Evan?

—¿Qué pasa, enano? Espero no interrumpirte.

—Pues la verdad es que...

—Mañana subimos al monte, ya lo tengo todo preparado. Te paso a recoger a la hora de siempre.

Ene suspiró y se apretó el puente de la nariz con los dedos.

—Evan, mañana no puedo.

—¿Por qué no? Si vas a pasarte el día entero encerrado en esa cueva.

—Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas?

—Pues... ¡Cosas! Ya como adultos, ¿vale? No tengo por qué darte explicaciones.

—Por supuesto que no, puedes perfectamente ahorrártelas. Yo solo me preocupo por ti, enano, ya lo sabes.

—Pues no hace falta que te preocupes, gracias. Estoy muy bien.

—No estás bien. Pasarte encerrado todo el día no puede ser bueno.

—Al menos yo hago algo de provecho.

—Oh, por supuesto, por supuesto que sí. Malgastar tu vida entre pilas de libros y nubes de ácaros, mientras se te pone la piel blanca y los ojos de topo y se te terminan por atrofiar los músculos y el cerebro. Todo eso es muy provechoso.

—Al menos yo no tengo que pedirle dinero a mamá para que me solucione los marrones.

—Que te jodan, Eneas. Tú no sabes una mierda de nada.

—Vaya, por fin se te cae la máscara.

—Mira, olvídalo, ¿vale? Llamaba solo por ser amable. No pensaba que fueras a ser tan gilipollas. Cuando se te pase hablaremos.

—Sí, hablaremos.

—Adiós.

—Adiós.

Meses después sonó de nuevo el teléfono en mitad de la noche y Ene se precipitó a cogerlo, pero, en vez de la voz de Evan, le taladraron los tímpanos los chillidos nerviosos de su madre. Unos ardientes lagrimones habían comenzado a brotar de sus ojos y, sin poder evitarlo, rompió a llorar junto al fuego, abrazado a sus rodillas. Estuvo así un buen rato, hasta que volvió a alzar el rostro empapado y congestionado, y miró hacia los bártulos, buscando algo en concreto. Su mirada al fin halló las cuerdas, una negra, lisa, de buen nailon, bien trenzada; la otra verde, tosca, deshilachada. La de Evan estaría en algún oscuro depósito; de las que había allí, la de Ene era la negra, la de nailon, así que se puso en pie, la cogió, y acarició su suave y blanda envoltura entre los dedos. Solo sintió cierta inquietud por tener que enfrentarse al nudo. Cuando eran niños su padre les había regalado un manual de nudos marineros, con funda de plástico transparente. Evan enseguida se puso a practicar con trozos de cabos y muy pronto logró hacer hasta los más difíciles; para Ene aquello era brujería y desistió. Desde entonces Evan siempre se encargaba de los nudos: de hacerlos, de supervisarlos y de deshacerlos. Se preguntó cómo de hermoso y preciso tendría que haber sido aquel último nudo que hizo Evan, y lo diferente que tenía que ser de aquella cosa amorfa que Ene no dejaba de enrollar sobre sí misma una y otra vez, sin ningún resultado. Acabó lanzando la cuerda a la tierra y soltó un grito profundo y gutural que resonó contra las negras estribaciones. Se acercó en dos zancadas al roble y, sin dejar de llorar, golpeó su corteza con los puños hasta hacerse sangre. En algún momento se detuvo, jadeante, y sacó del bolsillo de su pantalón la navaja suiza que le había regalado Evan tras su viaje a Grindelwald, donde compró otra idéntica para él; por esa y por otras muchas cosas regresó más arruinado de lo que ya estaba. Deslizó hacia fuera la hoja con la uña y, por un momento, contuvo un temblor al ver el brillo del acero sobre la suave y blanda carne de su otra muñeca. Pero volvió a mirar hacia tronco y, allí donde quedaba restos de la piel ensangrentada de sus nudillos, comenzó a trazar unas líneas torpes y temblorosas. Cuando terminó dio un paso atrás para contemplar, con una extraña mueca que no era ni sonrisa ni llanto, las dos E mayúsculas entrelazadas.